

**Los conceptos de seguridad y crisis en relaciones internacionales:
El caso de la revolución cubana y su impacto en las relaciones interamericanas (1959-1963)¹**

José David Moreno

Universidad Jorge Tadeo Lozano

josed.morenom@utadeo.edu.co

Resumen

La dinámica de las relaciones interamericanas durante todo el Siglo XX acusó una permanente influencia de los Estados Unidos en los asuntos internos de los países de la región. Bajo un principio de panamericanismo, los Estados Unidos consideraron a América Latina como una región estratégica para el desarrollo de sus intereses. La guerra fría (1947-1989) hizo aún más complejas y tensas estas relaciones. El periodo comprendido entre el golpe de Estado a Fulgencio Batista en Cuba (enero de 1959) y el desarrollo de la crisis de los misiles (octubre de 1962) se convierte en un espacio de ruptura trascendental para las dinámicas de las relaciones interamericanas. Nada, hasta el final de la guerra fría volvería a ser como antes en las relaciones de Estados Unidos con América Latina, periodo que coincide con el cambio de administración en la Casa Blanca, del republicano D. Eisenhower al demócrata J.F. Kennedy quien va a sostener una visión totalmente diferente del problema. Nadie, tampoco, ni antes ni después del gobierno Kennedy prestaría tanta atención a la región latinoamericana. Esta problemática se analiza a la luz de los conceptos de crisis y seguridad que para la época en cuestión (1959-1963) tendrán una connotación particular.

Palabras clave: relaciones interamericanas, crisis, seguridad, revolución cubana, crisis de los misiles, gobierno Kennedy.

¹ Las ideas centrales de este artículo fueron presentadas en el Segundo Congreso de la Red Intercol en Bogotá *Las relaciones internacionales en tiempos de crisis*, en septiembre, 2011. De allí surgieron observaciones y apreciaciones que contribuyeron a mejorar el texto.

Abstract

The dynamics of inter-American relations throughout the whole twentieth century, seek a permanent influence of the United States in the internal affairs of the region's countries. Under the principle of Pan Americanism, the United States considered Latin America as a strategic region for the development of their personal interests. The Cold War (1947-1989) made inter-American relations even more complex and tense of what they already were. The period of time between the overthrow of Fulgencio Batista in Cuba (January 1959) and the missile crisis (October 1962) becomes a transcendental breaking point in the development of inter-American relations. Nothing, till the end of the Cold War would be like before in U.S. relations with Latin America, period that coincides with the change of administration in the White House, from the republican D. Eisenhower to the democrat J.F. Kennedy who would carry out a totally different vision of the problem. No one, before or after the Kennedy administration, would pay so much attention to the Latin-American region. This entire problematic is being analyzed in light of the concepts of crisis and security, which for this period of time (1959-1963) would have a particular connotation.

Keywords: Inter-american relations, crisis, security, cuban revolution, missile crisis, Kennedy administration.

Índice temático

[Introducción](#)

[La noción de seguridad y crisis en relaciones internacionales](#)

[Las relaciones interamericanas antes de la revolución cubana](#)

[La revolución cubana y su impacto en las relaciones interamericanas](#)

[Kennedy y la nueva era de las relaciones interamericanas](#)

[Conclusión](#)

[Referencias](#)

OPCION: CLICK DIRECTO A CADA CAPITULO

Introducción

El estudio y análisis de la historia latinoamericana a lo largo del Siglo XX nos encamina forzosamente a estudiar el desarrollo de las relaciones interamericanas y el impacto que tuvo la política exterior de los Estados Unidos en la región. El discurso del presidente James Monroe ante el congreso, en 1823, marca el comienzo de un largo camino en las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos. De unos intereses de soberanía continental se fue dando paso a una hegemonía continental que comienza, hoy, a ser reevaluada con los hechos evidenciados en la última década, en especial con el ascenso de economías como la de Brasil, o Chile, y una mayor autonomía de muchas naciones de la región.

Este artículo pretende hacer un breve análisis de un punto esencial de las relaciones interamericanas y plantear una reflexión alrededor de dos ideas centrales cuyos objetivos son: primero, señalar que tanto la revolución cubana, en 1959, como la crisis de los misiles, en 1962, tuvieron un efecto significativo en el rumbo de las relaciones interamericanas. Al mismo tiempo que la política de Eisenhower hacia la región se hacía de alguna manera flexible, prestándole demasiada atención a otras regiones del globo como Asia y África, continente en plena ebullición y protagonista de los futuros procesos independentistas. El segundo objetivo es resaltar que ni antes ni después del gobierno de John F Kennedy (1961-1963) existió tanta atención sobre el continente latinoamericano, al menos durante la época de la guerra fría.

La reflexión que se presenta trata de una época bastante compleja en el ámbito de las relaciones internacionales. En efecto, la guerra fría representa un marco infinitamente rico en acciones y situaciones que marcaron un periodo particular de la historia mundial. En un mundo bipolar, los enfrentamientos ideológicos entre los dos bloques predominantes llevaron a que el tema de la seguridad se convirtiera en una prioridad dentro de la agenda política tanto de los Estados Unidos como de la Unión Soviética. Esta permanente sensación de inseguridad que reinó (especialmente en la década de 1950 a 1960) tuvo un impacto directo en el ámbito militar (Huntington, 1985)². El aumento permanente de la sensación de inseguridad produjo una carrera militar insaciable para poder satisfacer un sentimiento mínimo de seguridad. Esta dinámica ocasionó, entre otras cosas, el estrangulamiento de la economía soviética en la década de 1980.

² A este propósito Samuel Huntington llama la atención del nuevo papel que ha desempeñado el ejército norteamericano al interior del Estado y de la política nacional.

A lo anterior se le debe agregar el concepto de crisis en relaciones internacionales. Tanto la revolución cubana y los eventos posteriores a ésta, como la crisis de los misiles (pasando por la expulsión de Cuba de la OEA) en 1962, nos presentan una ruptura que cambia sustancialmente las relaciones interamericanas. Con esta propuesta se pretende mostrar el impacto que tienen las crisis en el marco de las relaciones internacionales. Por lo que este mismo escenario puede ser tenido en cuenta para otro tipo de crisis contemporáneas. Los elementos comunes que presentan las crisis nos permitirán efectuar análisis de otras crisis de forma más aguda y precisa. Así se demuestra cómo el factor histórico se convierte en una herramienta esencial dentro del desarrollo de la ciencia de las relaciones internacionales.

La noción de seguridad y crisis en relaciones internacionales

La guerra fría representó un periodo particular dentro de la historia de las relaciones internacionales. De una parte significó la consolidación de los Estados Unidos como hegemonía mundial; y de otra, representó igualmente la reducción de la influencia de potencias como Francia e Inglaterra en diferentes partes del mundo, incluyendo América Latina. El sistema internacional hizo, a partir de 1947, incursión en una era que duraría más de cuatro décadas. El mundo paulatinamente efectuó una transición hacia una dinámica bipolar que acompañaría las relaciones entre los diferentes Estados en permanencia.

La seguridad ha sido un tema que ha preocupado constantemente a los Estados desde su nacimiento. Los Estados europeos de la modernidad, por ejemplo, consideraron la seguridad como un elemento central para garantizar su existencia y supervivencia. Thomas Hobbes en sus propuestas revela, a este respecto, la preocupación de los europeos (y en especial los ingleses de la época) a través de tres elementos centrales: rivalidad, desconfianza y orgullo. Sentimientos que, de acuerdo con el autor, motivan la guerra entre Estados y que los hombres rápidamente procuran transformar en: seguridad, provecho y reputación (Hobbes, 1992).

Dentro de la era bipolar, la seguridad se convirtió rápidamente en el eje de la preocupación de los diversos Estados, y en especial de Estados Unidos y la Unión Soviética. Arnold Wolfers, politólogo norteamericano, durante los primeros años de la guerra fría se convierte en el pionero de los planteamientos teóricos en términos de la seguridad. De acuerdo con Wolfers, entendemos por

seguridad la ausencia de amenazas, es decir, la ausencia de miedos (Wolfers, 1952). Sin embargo, es difícil concebir un Estado cuyo nivel de amenazas y de vulnerabilidad sea nulo. Evidentemente, los sujetos de seguridad son, de acuerdo con el autor norteamericano, el Estado, la sociedad y el individuo mismo. Las amenazas de las cuales estos sujetos de la seguridad deben estar protegidos son tanto militares como no militares (por ejemplo los riesgos económicos). Evidentemente esta situación nos ubica ante la dualidad de saber si las amenazas son objetivas o subjetivas, discute Wolfers, ya que es importante saber cuándo una amenaza se convierte en un tema de interés trascendental para la seguridad y, por ende, cuándo entra a ser parte central de la agenda nacional. Durante la guerra fría, la gran preocupación de los países protagonistas, Estados Unidos y la Unión Soviética, era identificar cuáles eran los valores centrales absolutamente necesarios de proteger: si la supervivencia del Estado, la independencia nacional, la integridad territorial, el bienestar económico y/o la identidad cultural.

A lo largo del Siglo xx, nuevas propuestas teóricas y nuevos conceptos emergieron alrededor del tema de la seguridad. Kenneth Waltz (1979), uno de los grandes pensadores clásicos de las relaciones internacionales, nos presenta a través de su obra cómo la seguridad se convierte de alguna manera en el objetivo de los Estados. De esta manera el principio de la preservación por sí solo, motiva al sistema internacional a buscar la seguridad. John Herz a su vez, durante los años de la guerra fría, lanza su propuesta teórica acerca del "Dilema de la Seguridad". Así, para este académico, experto en relaciones internacionales, un Estado no deja nunca de estar expuesto al riesgo de que otro Estado recurra a la fuerza para atacarlo (Herz, 1950). Este dilema de la seguridad provoca un aumento constante de la capacidad de defensa como consecuencia de la sensación permanente de inseguridad o de falta de protección necesaria. Así entramos, de acuerdo con Herz, en una espiral permanente e infinita de acción-reacción. Otros autores tales como Karl Deutsch (1957) nos hablarán, para la misma época, de las comunidades de seguridad, en las cuales se crean bloques regionales con el fin de garantizar una sensación más amplia de defensa, especialmente en lo referente a proteger las fronteras. Deutsch será uno de los primeros académicos en plantear sus diferencias frente a la escuela realista de la seguridad. También Barry Buzan, pionero de los estudios en seguridad de la escuela de Copenhague, realizó interesantes aportes a la temática. Hablando de diferentes grados de inseguridad, este profesor de la London School of Economics,

profundizó considerablemente con sus obras sobre las *security networks* y la variabilidad de escalas que existen en términos de seguridad (Buzan, 1991).

Al lado de la seguridad, otro de los conceptos que merecen ser tenidos en cuenta para nuestra discusión es el de crisis. Hemos planteado la premisa de que la revolución cubana transformó de forma significativa las relaciones interamericanas. Por ello podemos tomar los sucesos que se llevaron a cabo entre 1959 y 1963 (durante el gobierno Kennedy) como un periodo de crisis.

Una crisis es un momento de tensión, entre dos o más partes, análogo al efecto de una caja negra. Así, tenemos unos *inputs* que al entrar a la caja negra (la crisis) nos van a arrojar unos *outputs*, o resultados. Las crisis son un cambio en la regularidad de una situación, son un punto de ruptura y de transformación. Desde luego, dentro de las ciencias sociales y las relaciones internacionales, hablar de regularidad puede convertirse en una suposición o un dogma ya que en ciencias sociales hablamos de un constante movimiento y una dinámica permanente. La Teoría de las Catástrofes ha intentado acercarse a esta concepción. Ésta se esfuerza en describir las discontinuidades que se pueden presentar en la evolución de un sistema (para nuestro caso el sistema internacional o interamericano). Tenemos, entonces, que una crisis es la agravación de una situación normal. Para esta agravación influyen diversas variables externas e internas que contribuyen con las discontinuidades de las situaciones. Así, una leve modificación del sistema puede ocasionar una profunda crisis. Líneas atrás se abordaron los conceptos de riesgo y amenaza así como su relación con la seguridad. Las crisis van igualmente ligadas a estos conceptos. Las crisis son el paso de una situación “normal” a una situación de “inestabilidad” bajo la dinámica de una ruptura progresiva alimentada por diversos hechos. De esta manera tenemos, de acuerdo con el profesor Jean Viret de la Universidad de Lyon, que una crisis atraviesa cuatro etapas: preparación, puesta en marcha de los medios disponibles, relajación y recuperación. Estos cuatro elementos son entonces aplicables a la crisis que representó la revolución cubana y el tema de los misiles rusos, así como su impacto en las relaciones interamericanas.

El profesor Viret propone comparar los conceptos de crisis y catástrofe, considerando esta última como la etapa final de las crisis en caso de degeneración de la misma. La crisis se desarrolla, entonces, antes de la destrucción. La crisis puede conducir, o no, a un conflicto violento de una intensidad tal que ésta puede acabar con el orden social anterior. La crisis es un elemento

anunciador de la catástrofe que está latente y que se prepara de forma continua, en una larga duración, antes de estallar brutalmente. Así, tenemos que la crisis es un estado transitorio y que la catástrofe es un estado definitivo. La crisis es la ausencia de un estado “normal” que puede o bien convertirse en catástrofe o posiblemente volver al estado de “normalidad”. Para concluir podemos afirmar que las crisis están compuestas por una alta dosis de subjetividad y depende de los agentes encargados de la toma de decisiones, que éstas puedan llevar a una salida racional.

Hasta aquí hemos abordado de manera general los conceptos de seguridad y crisis, dos elementos centrales en el análisis de las relaciones interamericanas durante el gobierno Kennedy (1961-1963). La seguridad, como factor central de las relaciones internacionales durante la guerra fría, se traduce en la sensación de permanente amenaza entre las dos potencias protagonistas, que vinculó al mundo en la espiral de necesidades que hizo aumentar los mecanismos de protección nacionales. Durante la guerra fría, América Latina adoptó el lenguaje de la seguridad y se convirtió en una zona de vital importancia geopolítica para los Estados Unidos. El Caribe y América Central fueron una zona estratégica para el coloso del norte, también. Sin embargo, la revolución cubana cambia significativamente las dinámicas de las relaciones con, y entre, los países de la cuenca caribeña. Con la crisis de los misiles y la expulsión de Cuba de la OEA se salda una situación dentro del escenario regional. La transformación de la política norteamericana hacia América Latina se transforma diametralmente y la región entra en una nueva era a nivel internacional.

Las relaciones interamericanas antes de la revolución cubana

Finalizando la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos destinaron cerca de 400 millones de dólares en ayudas militares al continente latinoamericano y los militares estadounidenses fueron reemplazando rápidamente la influencia que los líderes europeos tenían, de vieja data, con los oficiales latinoamericanos. En términos generales, durante la administración del presidente Franklin D. Roosevelt, se mantuvieron activos todos los frentes de las relaciones interamericanas; pero, en el periodo inmediato de posguerra, entrada la administración Truman, esta política cambio considerablemente como consecuencia de las nuevas políticas y lógicas internacionales. En efecto, para 1948 una de las más grandes preocupaciones de los Estados Unidos era la expansión del comunismo.

La doctrina Truman estableció para las relaciones interamericanas un nuevo esquema de política internacional. En un mundo de guerra fría era sumamente importante contar con una comunidad de seguridad cercana como lo afirma Deutsch. Luego de la Segunda Guerra Mundial, América Latina fue considerada como la zona de influencia más importante de los Estados Unidos. El quiebre de las economías europeas alejó del continente los últimos bastiones del viejo mundo consolidándose así la presencia y hegemonía de los Estados Unidos desde el Rio Bravo hasta Tierra del Fuego. Con todo y eso, este periodo post-bélico, paradójicamente, no gozó de grandes inversiones de los Estados Unidos en América Latina que sí se vieron en otras regiones del mundo. Se podría decir que dieron por descontado que los Estados latinoamericanos no abrazarían el comunismo propuesto por la Unión Soviética; por eso, durante los primeros años de la guerra fría zonas como Asia y África preocupaban más al Departamento de Estado norteamericano.³

Truman confiaba que las nuevas dinámicas del capitalismo se abordarían en el continente y de allí el argumento de que Latinoamérica no necesitaba de un “plan Marshall” para encontrar la vía del desarrollo económico. Estos argumentos se derivaban de la creencia de que para finales de los cuarenta América Latina no parecía ser una zona de influencia y de interés para la Unión Soviética. Esta circunstancia no quiere decir que para Truman hubiera una total seguridad de que a América Latina no llegaría el comunismo. Prueba de ello fue la carta constitutiva de la Organización de los Estados Americanos, OEA, que prevenía la intervención de cualquier régimen extranjero en la región. No obstante, existía en la Casa Blanca y el Departamento de Estado una sensación de que entre las culturas latinoamericana y soviética existía una verdadera “incompatibilidad de caracteres” que las alejaba.

De esta manera, bajo la administración Truman, la preocupación de contrarrestar el comunismo se vio expresada por la expansión de la doctrina de Seguridad Nacional (que una década más tarde se exportaría a América Latina), con el fin de contener el comunismo y todos los sectores que pudieran apoyarlo. Truman y su secretario de Estado M. Miller, conceptualizaron que América Latina hacía parte de la zona de influencia directa de los Estados Unidos y por ende de su Seguridad Nacional. De allí se deriva una política significativa en el ámbito militar. Por esta razón

³ Para la década de los cincuenta Europa occidental concentraba (bajo el Plan Marshall) la mayoría de las ayudas otorgadas por los Estados Unidos con cerca de 37 billones de dólares. En segundo lugar estaba la región Asia Pacífico con ayudas de cerca de 13 billones de dólares. Le seguían Europa Central y África con 7 billones de dólares. América Latina estaba en el último lugar con cerca de 1.7 billones de dólares, es decir, cerca del 3% de las ayudas internacionales otorgadas por los Estados Unidos. Esta cifra pasará a 20 billones de dólares (es decir más de 10 veces) durante el gobierno Kennedy (Saez, 1968).

Truman y Miller buscaron que los países latinoamericanos se identificaran con los objetivos de los Estados Unidos. No obstante, las naciones latinoamericanas esperaban que la política de los Estados Unidos fuera más allá del ámbito militar. La guerra con Corea (1950-1953) y el Plan Marshall impidieron que las ayudas económicas y sociales llegaran de forma efectiva a América Latina. Solo en el plano militar se gozó de algunos privilegios en lo concerniente a ayudas por parte de los Estados Unidos. En efecto, las naciones de América Latina querían recuperar el interés que representaban para los Estados Unidos antes de la guerra y en especial el carácter que tuvo la región bajo la administración de Franklin D. Roosevelt. Sin embargo, la realidad fue que Truman solo buscó mantener la hegemonía de los Estados Unidos sobre América Latina en sus estándares regulares.

Con la llegada del general republicano D. Eisenhower y su secretario de Estado John Foster Dulles al poder, nuevas dinámicas en las relaciones interamericanas se abren. América Latina resulta ser una pieza clave dentro de la política exterior de los Estados Unidos, especialmente por el significado de la amenaza comunista. Sin embargo, la política de Eisenhower se orientó en gran medida a políticas de tipo militar con el objetivo de expandir el anti-comunismo. La administración republicana resultó estar muy orientada hacia los intereses económicos en la región. El secretario de Estado John Foster Dulles era hermano de Allen Dulles, director de la CIA en la década de los cincuenta. Los hermanos Dulles fueron en la década anterior representantes de la firma *Sullivan and Cromwell*, la cual representaba importantes empresas que tenían intereses económicos en América Latina como fue el caso de la *United Fruit Company*.

El balance que hacen Eisenhower y sus consejeros es que Latinoamérica ha estado influenciada por amenazas que pueden alterar los intereses norteamericanos, especialmente los empresariales. Cárdenas en México, Gaitán en Colombia, Haya de la Torre en Perú, Perón en Argentina o Vargas en Brasil eran solo algunos de los ejemplos de los que se valía Eisenhower para pensar que había una amenaza en la región que podía eventualmente derivar hacia corrientes no occidentales. Se genera durante estos años la creencia de que América Latina no está preparada para una eventual guerra contra el comunismo. Por esta razón se aumenta el número de ayudas militares para la región, en especial en lo que refiere a armas y entrenamiento.

El caso de Guatemala es una de las referencias más importantes que marcó las relaciones interamericanas durante la primera administración del gobierno Eisenhower. Guatemala como parte

de la zona más próxima de la influencia norteamericana se convertía para la época en un país muy sensible a los intereses norteamericanos, en especial por la fuerte presencia de la *United Fruit Company* en su territorio. Desde finales de la década de los cuarenta, la presidencia de Juan José Arévalo (1945-1951) despertaba la inquietud de la Casa Blanca por las reformas que este presidente proponía. Sin embargo, es la presidencia de Jacobo Arbenz (1951-1954) la que activa todas las alarmas en Estados Unidos. Esta situación se genera básicamente por las iniciativas del presidente guatemalteco de promover mayores garantías laborales para los trabajadores (en especial del sector bananero) y una mejor y más justa redistribución de las tierras en el país. Los acercamientos de Arbenz con sectores comunistas, las expropiaciones a la *United Fruit Company* y la llegada de armas provenientes de Checoslovaquia alertaron aún más a la administración Eisenhower.

Es así como la CIA apoyará una conspiración contra el gobierno de Arbenz en 1954. Apoyando a Carlos Castillo Armas, se preparó y armó a un conjunto de hombres para llevar a cabo un golpe de Estado y poder salir de esta manera de la amenaza que representaba Arbenz para los intereses norteamericanos. Con el triunfo del golpe de Estado en Guatemala, los republicanos felicitaron a Eisenhower y a su equipo de trabajo. Esta élite política que no había cesado de criticar la flexibilidad de la administración de Truman frente al comunismo consideraba que la región había recibido un mensaje claro y certero: el comunismo no podría penetrar en la región latinoamericana. Con el éxito de la conspiración contra el gobierno de Arbenz, Eisenhower consideró que la lección había sido suficientemente bien asimilada por los demás países de la región. De esta manera la Casa Blanca se volvió a concentrar en los temas centrales que le interesaban: las relaciones económicas interamericanas.

Eisenhower y su gobierno buscaron desarrollar no solo una política anticomunista en la región, sino también una política de promoción del desarrollo económico para el continente. La creencia de Eisenhower era que la paz y la prosperidad solo podrían emerger de un sistema de libre mercado estimulado por las inversiones. Las ayudas económicas deberían encaminarse hacia las áreas que estaban bajo la amenaza del comunismo. La ayuda económica por parte de Estados Unidos buscaba fundamentalmente evitar caer en la órbita de influencia de la Unión Soviética. Eisenhower buscó desembolsar importantes fondos en el continente. Detrás de esta lógica se imponía una necesidad de proteger el mercado latinoamericano de suma importancia para los

inversionistas norteamericanos. Eisenhower fortaleció así la idea de que el capitalismo y el libre mercado eran la alternativa para el desarrollo.

Durante el segundo gobierno de Eisenhower se debate con mayor intensidad al interior del Consejo Nacional de Seguridad la posibilidad de ofrecer mayores ayudas militares a América Latina con el fin de combatir el comunismo. Esta política se desarrolla en un momento en el cual los rusos habían aumentado sus acuerdos con países de América Latina. Las relaciones entre la Unión Soviética y América Latina eran más fuertes, en especial en lo que se refiere al crecimiento de los partidos comunistas y a los centenares de jóvenes que viajaron becados para adelantar estudios en las universidades soviéticas. A finales de los cincuenta, el gobierno de Eisenhower confirmaba que su principal objetivo en América Latina era el desarrollo económico por la vía privada con el fin de disminuir paulatinamente las ayudas económicas. Sin embargo, la realidad fue que la lógica que se estableció, de mantener y estimular las inversiones de los Estados Unidos hacia América Latina, tuvo un costo social elevado para la región que continuaba sumida en la pobreza.

Uno de los elementos que permitió determinar con mayor precisión el nivel de las relaciones interamericanas fue la visita del vicepresidente Richard Nixon a Suramérica. Nixon, en una gira diplomática por Latinoamérica visitó en 1958 las ciudades de Montevideo, Buenos Aires, Lima y Caracas. El rechazo de muchos sectores se expresó en las múltiples manifestaciones que se dieron en estas ciudades expresando el espíritu anti-norteamericano. Este espíritu “anti yanqui” venía dado por varias razones: el apoyo a regímenes antidemocráticos (específicamente el apoyo al dictador venezolano Pérez Jiménez), el aumento de las ayudas militares, la negación de las ayudas para inversión social y la imposición de barreras aduaneras adecuadas para los productos latinoamericanos. El rechazo de sectores importantes de la sociedad fue una actitud que generó gran preocupación en la Casa Blanca pues reveló el sentimiento general que reinaba en el continente.

Nixon consideraba que estas acciones eran adelantadas por fuerzas comunistas y así se lo manifestó al presidente Eisenhower. Para esta época el presidente estaba sometido a muchas presiones ya que los soviéticos habían logrado colocar su primer satélite en el espacio. Temas como el de la división de Berlín y la presencia militar norteamericana en Líbano sumados a la situación en América Latina afectaban seriamente la imagen del presidente en sus últimos meses en la Casa Blanca. Es así como en 1958 el presidente Eisenhower encarga en el mes de noviembre una

comisión (Comisión Draper) para estudiar la situación del continente latinoamericano. Esta comisión estaba compuesta por antiguos generales del ejército y almirantes de la marina norteamericana, así como funcionarios del Departamento de Defensa. La comisión llega a la conclusión de que no se debe bajar la guardia en materia militar en América Latina pues el comunismo es una amenaza real. Los valores democráticos que profesan constantemente los Estados Unidos, deben ser una de las políticas de vanguardia del gobierno en su lucha contra el comunismo.

La difícil situación del continente y las tensiones en las relaciones interamericanas llevan a Eisenhower no solo a intensificar su política militar en la región, sino también la incursión en nuevas inversiones del orden social.⁴Allí el papel de Douglas Dillon, importante representante del sector financiero y futuro Secretario del Tesoro del gobierno Kennedy, será una pieza clave en el desarrollo de una nueva política. Dillon promoverá el desembolso de importantes fondos para la inversión social en la región. De igual forma promoverá la creación del Banco Interamericano de Desarrollo, BID. El BID, en ojos de su creador, no solo buscaba promover el desarrollo sino también la inversión privada y la libertad de mercado para responder a la tendencia de nacionalización que se vivía en América Latina. Las ayudas económicas sugeridas por Dillon deberían ser respondidas con medidas de austeridad por parte de los países receptores. En algún momento Eisenhower, Dulles y Dillon creyeron que con el éxito de Guatemala, la Unión Soviética y China habían perdido todo interés en América Latina. Si bien la amenaza persistía, ellos descartaban cualquier amenaza directa sobre la región. Esto se vio fuertemente cuestionado con la llegada de Fidel Castro al poder en Cuba, 1959.



Fuente: Wikimedia Commons. Autor desconocido.

⁴ Vale la pena resaltar la creación del *Social Progress Trust Fund* y la firma del Acta de Bogotá en 1960. Ambas preveían importantes inversiones en el sector social como forma de “repeler” la penetración comunista.

La revolución cubana y su impacto en las relaciones interamericanas

El fenómeno de la revolución cubana impactó a toda la opinión internacional y en especial a la administración Eisenhower. Aunque las primeras semanas que acompañaron el nuevo proceso estuvieron acompañadas de un total escepticismo y la incertidumbre de saber qué podría pasar y en qué podría terminar el gobierno castrista.

Cuba fue uno de los últimos territorios y bastiones del colonialismo español en América. Junto a Puerto Rico, continuó bajo la influencia directa de España hasta 1898. A partir de esta fecha, los Estados Unidos colaboraron en la expulsión de los españoles de la isla. No obstante, el espíritu americano no estuvo orientado hacia la creación de una nación libre sino más bien hacia la creación de un Estado totalmente dependiente. En las décadas que siguieron, funcionarios norteamericanos estuvieron a cargo de la administración cubana y esta fue ocupada militarmente en varias ocasiones. Bajo los dictámenes de la enmienda Platt, la isla se convirtió rápidamente en un protectorado norteamericano con una influencia permanente en la vida nacional del país.

La política del buen vecino de Franklin D. Roosevelt quiso corregir la dinámica impresa por las administraciones anteriores. De todas maneras, Cuba seguía siendo víctima de la presencia norteamericana en su territorio. Las élites económicas que se construyeron a partir de la producción de caña de azúcar establecieron un sistema social y económico absolutamente desequilibrado que arrojaba un panorama desolador en la isla.

El movimiento de Fidel Castro se fundamenta, a partir de la década de los cuarenta, en recoger todos estos sentimientos de frustración por parte de la población local. Para la década de los cincuenta, inclusive el dictador Fulgencio Batista comenzaba a ser visto como un personaje políticamente inconveniente para los Estados Unidos de la misma forma que Leónidas Trujillo comenzaba a ser visto con preocupación por las políticas llevadas a cabo en República Dominicana. Las medidas tomadas por estos dos dictadores asfixiaban a la sociedad y se temía que tanta represión pudiera derivar en situaciones extremas.

Es así como el movimiento guerrillero que desata Fidel Castro a finales de la década de los cincuenta y su ascenso al poder en 1959 es visto, en un primer momento, como una posibilidad de tener un nuevo líder en la isla y deshacerse de Batista. Prueba de esta situación son los postulados del periodista John Dinges, quien presenta en su obra, *The Condor Years*, cómo Fidel Castro visitó

en dos ocasiones los Estados Unidos antes de la revolución cubana y como él pudo haber recibido apoyo e incentivos para derrocar al gobierno de Batista (Dinges, 2004). En el momento en que se lleva a cabo el golpe de Estado a Batista no se proclama inmediatamente una república ni socialista, ni comunista. Si bien el fervor de personajes radicales como Ernesto Guevara promovía un Estado socialista, Castro no estaba aún convencido de que fuera la salida real.

Fidel Castro, Presidente de Cuba,
en la Asamblea General de las Naciones Unidas,
22 de septiembre de 1960.
Foto de dominio público.



Fuente: Wikimedia Commons. Colección: Biblioteca del Congreso, EE.UU. Tomada por: Waren K. Leffler.

Fidel Castro viajó a Estados Unidos cuatro meses después del golpe de Estado que derrocó a Batista. El presidente Eisenhower manifestó no estar disponible para recibirlo en la Casa Blanca. Sin embargo, el vicepresidente Nixon habló por más de 4 horas con el líder cubano en Washington. Nixon aseguraba que después de su entrevista había encontrado a un personaje aún muy inexperto en temas del comunismo internacional (Livingstone, 2009: 31). Tal vez uno de los elementos que más irritó a la Casa Blanca fue que Castro decretara en junio de 1959 una reforma agraria que fue vista por los grandes terratenientes norteamericanos como un desafío de carácter comunista. Mientras Castro se iba sintiendo más aislado por parte de los Estados Unidos, Guevara y otros miembros radicales de la revolución se fueron acercando más hacia el partido comunista cubano, uno de los más organizados del país para esa época. Así, podemos concluir que Castro no adoptó el comunismo por convicción sino por una presión de las circunstancias del momento. La situación se volvió aún más compleja en octubre de 1959 cuando la administración de Eisenhower, con el apoyo de la CIA comienza a planificar acciones para sabotear el gobierno *de facto* de Castro. De esta manera, Cuba se va aproximando cada vez más a la Unión Soviética quien aprovecha el enfriamiento de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Para finales de 1959, Cuba había

firmado acuerdos comerciales que incluían importantes cantidades de caña de azúcar y sus derivados.

El último año de Eisenhower en la Casa Blanca estuvo marcado por el diseño de estrategias para terminar con el proyecto del gobierno de Castro en Cuba. Durante esos meses se consolidó la intención de invadir la isla con ciudadanos cubanos disidentes del régimen de Castro. Las tensiones de 1960 se vieron aumentadas luego de que las empresas petroleras norteamericanas se negaron a seguir refinando el petróleo que era librado por la Unión Soviética con destino a la isla. Castro, en su dinámica hacia el socialismo, nacionaliza una gran cantidad de propiedades de empresas norteamericanas que incluían plantaciones de caña, bancos y empresas de servicios domiciliarios entre otras. En contrapartida, en octubre de 1960 los Estados Unidos imponen un embargo económico sobre Cuba.

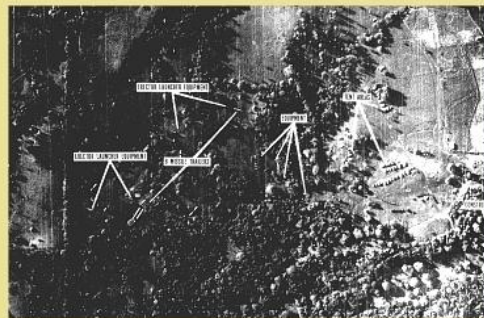
Las relaciones tan deterioradas entre Cuba y los Estados Unidos durante el final del gobierno Eisenhower no mejorarían en la administración Kennedy. Durante el año de 1961, el régimen cubano tuvo que afrontar el fallido intento de invasión de Bahía Cochinos en el mes de abril. Posteriormente, Castro tuvo que sortear un número significativo de atentados, conspiraciones e intentos de asesinato. En Agosto de 1961, Cuba se debatió en solitario ante la asamblea de la OEA instigando a las demás naciones a no apoyar la creación de la Alianza para el Progreso. Estas dinámicas y presiones llevarían a Castro a declarar a Cuba como una nación marxista-leninista en diciembre de 1961. Con estos hechos, se sellaba cualquier posibilidad de diálogo o negociación entre los Estados Unidos y Cuba. La respuesta por parte de los Estados Unidos fue moverse ágilmente en el interior de la OEA para condenar a este país y obligar su expulsión de la organización. Si bien fue una tarea compleja debido a la resistencia de países como Argentina, Brasil, México, Chile y Bolivia, la administración Kennedy logró sacar una resolución de la OEA el 31 de enero de 1962 en la cual expulsaba a Cuba de dicha organización bajo el argumento de abrazar ideologías ajenas a los intereses de la región americana.

El año de 1962 marca una relación muy tensa entre las dos naciones. Una vez Cuba hizo adhesión al comunismo internacional y Castro no tuvo más dudas acerca del rumbo político que su país debería tomar, la expansión del comunismo en el continente se convirtió en una forma de desafiar a los Estados Unidos. Fidel Castro esperaba no solo estructurar un nuevo Estado en Cuba sino también buscaba exportar su proyecto socialista hacia otros países del continente. Por ello

Cuba se presentó como escenario para el entrenamiento de líderes “revolucionarios” de la mayoría de países latinoamericanos. Cuba y militantes cubanos del partido comunista visitaron diferentes países con el fin de exponer las experiencias de la revolución cubana y las posibilidades de que éstas se aplicaran en otras naciones. Esta situación convirtió a Cuba en un bastión de la resistencia en el continente y motivaría organizaciones como la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad). Esta organización buscó, en periodos posteriores, crear una coordinación continental del proceso revolucionario así como una aprobación unánime de la lucha guerrillera como medio de lucha y búsqueda del poder (Lowy, 1980).

En octubre de 1962, otro evento marcaría aún más las tensiones entre las relaciones Cuba-Estados Unidos. A comienzos de octubre, agentes secretos norteamericanos descubren que Cuba se está dotando de misiles de acción nuclear provenientes de la Unión Soviética. Esta acción desencadena una crisis que dura cerca de trece días y que mantuvo a la Casa Blanca y al Pentágono en una tensión constante. La gravedad de los hechos llevó a pensar en el posible estallido de una tercera guerra mundial, o en su defecto, al desencadenamiento de una guerra de consecuencias nucleares impredecibles.

Una de las fotos aéreas donde se identifican, los equipos de lanzamiento de misiles nucleares, en Cuba, a 200 millas náuticas al sur de la Florida. Octubre de 1962. Foto de dominio público.



Fuente: Wikimedia Commons. Colección: Biblioteca y Museo Presidencial John F. Kennedy, EE.UU.

A pesar de que no existieron negociaciones directas entre Kennedy y Krushev, y menos aún con Fidel Castro, la crisis logró resolverse por la vía diplomática y de la disuasión. Tanto Estados Unidos como la URSS eran conscientes (fiel al espíritu de la guerra fría) que el desencadenamiento de una confrontación armada sería un desgaste elevado para las dos naciones. Así, la administración Kennedy se comprometió a no intervenir en el futuro sobre la isla, a condición de que

la URSS retirara los barcos que pensaban proveer los misiles y dismantelara los misiles ya instalados en la isla. La crisis de los misiles dejó profundas enseñanzas y experiencias para la administración Kennedy. Tanto el presidente como sus asesores estaban profundamente convencidos de que la política anti-comunista en la región se debía intensificar. De los días negros de octubre de 1962 nace la doctrina Kennedy que reza por que los Estados Unidos no permitan una nueva Cuba en la región latinoamericana.

Kennedy y la nueva era de las relaciones interamericanas

Definitivamente, ningún presidente antes ni después del gobierno Kennedy prestó tanta atención al tema de América Latina como lo fue John F. Kennedy. La experiencia del gobierno Eisenhower había enseñado ampliamente a la nueva administración cuáles eran los errores que no deberían ser cometidos.

Si para Eisenhower el tema central de su política hacia América Latina fue el factor militar y anti-comunista, para su sucesor, la clave residía en una amplia y vasta política de inversión social y de incentivos económicos. En otras palabras, Kennedy propone un amplio plan social para América Latina que incluía “tierra, trabajo, techo salud y escuela”. Kennedy y su equipo de gobierno veían en la política social la mejor manera de luchar contra el comunismo. La experiencia cubana había enseñado ampliamente que las dificultades sociales habían llevado a un apoyo masivo de las propuestas castristas.

De esta manera emerge la Alianza para el Progreso, que en su momento fue considerada como un Plan Marshall para América Latina que incluía inversiones por cerca de 20 billones de dólares y cuyos resultados se esperaban efectivos para la década siguiente. En efecto, América Latina fue una prioridad para Kennedy ya que tanto él como sus asesores creían que estaba en un momento crítico y de gran vulnerabilidad para adoptar el comunismo como lo hizo Cuba. Es así como, tan solo dos meses después de haber jurado como presidente, Kennedy realiza una recepción en la Casa Blanca a las que están invitados todos los embajadores de las repúblicas latinoamericanas. Estas naciones vieron en este gesto que la administración norteamericana, que estaba en deuda con la región desde hace una década, volvía a centrar su atención en un área vital para sus intereses.

La Alianza para el Progreso emergió de los estudios que hicieron expertos asesores del presidente Kennedy. Esta política se basó en la creencia de que el desarrollo económico traería de forma automática una consolidación de la democracia en el continente. Así, con regímenes democráticos y economías estables, la Casa Blanca esperaba blindar a América Latina de la penetración comunista. Las reformas que proponía la Alianza para el Progreso abarcaban nuevas políticas en temas de educación, reforma agraria, desarrollo industrial, ampliación de la defensa militar y la creación de un mercado común interamericano⁵. En síntesis, las directrices de la política de Kennedy en América Latina perseguían diversos objetivos. El primero de ellos era, evidentemente, la defensa de la libertad y de la democracia a través de reformas estructurales. Estas reformas se podrían llevar a cabo gracias a cambios en el sistema económico. Así, el desarrollo tecnológico e industrial de los países; una reforma agraria que implicara mejor distribución de las tierras y un sistema fiscal más sólido podría representar enormes beneficios para la región. Desde el punto de vista cultural, Estados Unidos esperaba exportar el *American Way of Life*, como forma de modelo de vida para ser adoptado por las familias latinoamericanas. Finalmente en términos militares, la política de Kennedy esperaba que cada país se hiciera responsable de su propia seguridad. De allí emergen temas altamente sensibles como lo fueron la seguridad interior, la lucha contra el comunismo y la lucha anti-subversiva. Los Estados Unidos también se comprometieron a ampliar sus programas de ayuda y entrenamiento militares en la región.

Se consideró, entonces, que los sesenta sería la década del progreso y que América Latina mejoraría en temas como la reforma fiscal, la tenencia de tierras y las políticas sociales de primer orden. Tanto en el rechazo a la visita del vicepresidente Nixon en 1958 como a la revolución cubana de 1959, la administración Kennedy comprobó que América Latina se había convertido en un escenario central de la guerra fría. El giro de la política de Kennedy hacia la región latinoamericana es trascendental en comparación a administraciones anteriores. Stephen Rabe comenta cómo entre 1945 y 1960 Bélgica, Países bajos y Luxemburgo recibieron más ayudas económicas por parte de los Estados Unidos que toda la región latinoamericana junta (Rabe, 1991: 11). Esta situación nos

⁵Carta de Punta del Este. Uruguay, 17 de Agosto de 1961. Los objetivos centrales de este acuerdo se trazaban como: 1) aumento del 2.5% de los ingresos *per cápita* de cada país firmante; 2) una mejor redistribución de los ingresos; 3) puesta en marcha de un sistema de libre mercado entre las naciones; 4) Una aceleración del proceso de industrialización en el continente; 5) aplicación de una reforma agraria; 6) disminución del analfabetismo; 7) aumento de la esperanza de vida; 8) control estricto de los índices de inflación.

habla claramente de cómo América Latina no fue, durante los primeros años de la postguerra, una prioridad para el continente.

Si bien Eisenhower al final de su gobierno quiso corregir la tendencia general de su administración mediante la creación de organizaciones como el BID en 1958 o fondos económicos como el *Social Progress Trust Fund* en 1960, es realmente Kennedy quien logra imprimir una gran dinámica a las inversiones sociales en América Latina. Ahora bien, resulta importante resaltar que el interés de Kennedy por la región no fue algo inherente a su carrera política ni una posición combativa de su vida como senador. Kennedy comienza a fijar su atención en América Latina luego de los análisis hechos a la visita de Nixon a Suramérica en 1958. Los intensos debates que se dieron entre los senadores demócratas alrededor del tema le fueron mostrando cómo la región latinoamericana podía ser vital para la política internacional de los Estados Unidos. Es así como América Latina entra en la agenda de campaña del senador Kennedy convirtiéndose rápidamente en una prioridad de la agenda internacional.

Adolfo Berle, fue un elemento clave dentro de la campaña de Kennedy. Berle, experto en temas latinoamericanos, se convertiría posteriormente en una de las figuras claves en la creación y consolidación de la Alianza para el Progreso. Para Berle la amenaza comunista era peor que lo que representó el nazismo en la década de los treinta en Europa. Estaba altamente convencido de que en América Latina, aparte de Cuba, otros países eran muy susceptibles de caer en la vía comunista, situación que representaría, sin duda, un grave desafío para la seguridad nacional de los Estados Unidos. Así, Kennedy y sus asesores creyeron encontrar en la Alianza para el Progreso la clave para luchar contra el comunismo en América Latina. Desde luego, esta visión tan optimista fue reevaluada por otros expertos en la Casa Blanca quienes veían un peligro en considerar la Alianza para el Progreso como la única llave para el desarrollo económico en la región y en especial en el área de América Central y el Caribe (Schlesinger, 1976).

Justamente, el alto interés que despertaba El Caribe se evidenció por las intervenciones que se realizaron en esta región durante los meses en que Kennedy estuvo en la Casa Blanca. Tres situaciones muestran cómo la política de su gobierno buscaba controlar una posible expansión del comunismo en la franja centroamericana. En primer lugar está la invasión a Cuba, programada desde el gobierno Eisenhower. Como se comentó líneas atrás, la invasión de Bahía Cochinos, efectuada en abril de 1961, fue una operación realizada a través de la CIA quien entrenó, para el

efecto, a disidentes cubanos. Esta operación buscaba establecer una estrategia similar a la que se había efectuado en 1954 en Guatemala para derrocar el gobierno de Arbenz. En segundo lugar tenemos el caso de República Dominicana. Como habíamos mencionado, Leónidas Trujillo gobernó con mano dura la República Dominicana desde 1930, de forma progresiva había puesto el país a sus pies. Si bien no gobernó *de facto* en algunos periodos, si logró controlar la vida política y económica del país, haciendo de la isla casi una propiedad de la familia Trujillo. La preocupación de la administración Kennedy y de la CIA con respecto al caso dominicano llevó a la elaboración de un complot contra el dictador con el fin de evitar un final similar al de Cuba con el dictador Batista. Así, en mayo de 1961, Trujillo cae asesinado cerca a Santo Domingo. La intervención de la CIA y las órdenes directas del presidente Kennedy no han podido ser fielmente comprobadas. Sin embargo, lo que si fue evidente era que Trujillo comenzaba a ser molesto para los Estados Unidos y que la Casa Blanca comenzaba a preparar acciones para alejarlo del poder. El tercer ejemplo de intervención en el Caribe es el caso de Haití. Igualmente gobernado por un dictador de larga duración, François Duvalier, Haití permanecía en la miseria bajo la administración de una dictadura de mano dura. Si bien las conspiraciones hacia *Papa Doc* por parte de los Estados Unidos no tuvieron el mismo efecto que en República Dominicana, la administración de Kennedy le hizo entender a Duvalier que no toleraría excesos contra la población haitiana.

En lo que se refiere a Suramérica, el Departamento de Estado canalizó sus esfuerzos en Argentina con la administración del presidente Arturo Frondizi. Desde hacía algún tiempo, Argentina lideraba un bloque compuesto por Brasil, Bolivia, México y Chile que no apoyaba las políticas norteamericanas en los temas referentes a su postura en el caso cubano y su líder Fidel Castro. La administración Kennedy era consciente de que si los Estados Unidos eran capaces de atraer el apoyo argentino, los demás países de ese bloque opositor lo seguirían. La posición de negarse a condenar a Cuba en los escenarios regionales (OEA y la Cumbre de Punta del Este) fue uno de los motivos que conllevó al golpe de Estado de 1962 que derrocaría al presidente Frondizi. Los militares argentinos, considerando que el presidente hacía una apología del comunismo al no condenar al régimen de Castro, efectuaron un golpe de Estado que volvería a sumergir a Argentina en un profundo desorden político. Las relaciones entre los Estados Unidos y Brasil eran igualmente fundamentales para Washington y en especial las relaciones con el presidente Joao Goulart. El presidente brasileño que había llegado al poder ante la renuncia del presidente Janio Quadros,

comenzaba a instaurar un gobierno con amplia tendencia populista que buscaba un mayor acercamiento hacia los trabajadores y los sindicatos. Este giro progresivo hacia la izquierda del presidente Goulart le representó muchas enemistades que terminarían por costarle el cargo luego del golpe de Estado militar de 1964, en su contra.

Tal vez Venezuela representaba uno de los casos más destacables para el gobierno Kennedy por haber logrado consolidar democracia y desarrollo económico, principios centrales de la Alianza para el Progreso. El país de Rómulo Betancourt se convirtió rápidamente en el modelo de las políticas que Kennedy quería aplicar en la región. En lo que se refiere a Chile, el entusiasmo que despertó la administración conservadora de Jorge Alessandri en 1959 contrastó con la realidad vivida durante los años Kennedy. Chile pertenecía al bloque de naciones liderado por Argentina que, como ya se mencionó, no apoyaban las condenas de Estados Unidos a Cuba. Es así como el presidente Kennedy concentra sus energías en apoyar enérgicamente la Democracia Cristiana, partido de centro derecha liderado por Eduardo Frei. Confiando en que una futura administración de Frei en Chile podría reproducir los beneficios y objetivos de la Alianza para el Progreso, la Casa Blanca apoya incondicionalmente la Democracia Cristiana chilena que llega al poder en 1964. A pesar de todos estos esfuerzos diplomáticos, el presidente Kennedy tuvo que ser testigo de la caída de 6 regímenes democráticos que fueron suplantados por gobiernos *de facto* militares. Otros cinco golpes militares más sucederían después de la muerte de Kennedy y hasta el final del gobierno Johnson en 1968.

A pesar de que el discurso de Kennedy se concentró en el tema de la democracia y el desarrollo económico, los esfuerzos en temas militares fueron evidentes. La “contrainsurgencia”, las “acciones cívicas” y el tema de la “seguridad interna” estuvieron de moda en los años Kennedy. Por lo que concluye Stephen Rabe:

La administración Kennedy mantuvo una aproximación agresiva hacia las relaciones interamericanas. Se intentó transformar las estructuras sociales y económicas de las naciones latinoamericanas en una política como lo fue la Alianza para el Progreso. Se intervino constantemente en los procesos políticos de los vecinos del sur, intentando crear responsabilidades, líderes anti comunistas, partidos e instituciones. Además se condujo una guerra irresponsable contra el líder cubano Fidel Castro. La administración también cambió de forma dramática las relaciones con los militares latinoamericanos. Se insistió en que los militares de la región tenían la responsabilidad de defender el hemisferio de un ataque extranjero.

Se usó la ayuda militar como forma de persuadir a los oficiales de que deberían concentrarse en la seguridad interna y el desarrollo nacional (Rabe, 1991).

Conclusión

La revolución cubana ocurrida en 1959 puede leerse como un elemento que marca profundamente las relaciones interamericanas del Siglo XX. Es necesario considerar la transición que hace la revolución desde el golpe de Estado a Fulgencio Batista, hasta la resolución de la crisis de los misiles en octubre de 1962. Durante este periodo Cuba se va orientando progresivamente hacia el socialismo. A medida que las relaciones con los Estados Unidos se enfrían, los acercamientos con el Partido Comunista Cubano y la Unión Soviética van abriendo una alternativa a Castro y su régimen. Este periodo (que entre otras cosas incluye, la nacionalización de empresas norteamericanas, atentados y conspiraciones contra Castro, el intento fallido de invasión a la isla, la declaratoria marxista-castrista y la expulsión de la OEA) se lleva a cabo entre la transición de dos administraciones en la Casa Blanca: el final de la administración republicana de D. Eisenhower, (cuya política hacia América Latina se había enfocado en los temas militares y la inversión intensiva de capitales privados en medio de un marco de extrema doctrina anti-comunista) y el inicio de la administración demócrata de Kennedy.

El cambio hacia un nuevo gobierno marca una ruptura trascendental en las relaciones interamericanas. Kennedy, sin dejar atrás el espíritu anti-comunista, considera que la mejor manera de blindar a la región de la penetración comunista es a través del desarrollo económico. Por ello pone en marcha la Alianza para el Progreso, programa faro del gobierno que buscaba la aplicación intensiva de inversiones en sectores claves de las sociedades latinoamericanas. De esta manera, las ayudas económicas al continente latinoamericano se duplicaron con el cambio de administración. Con la llegada de Kennedy a la Casa Blanca América Latina paso a ocupar el primer puesto en materia de inversiones norteamericanas. De igual forma Kennedy creó una oficina para asuntos latinoamericanos al interior del Departamento de Estado. Esta oficina tendría la misión de ser asesora en todos los temas relevantes a la región ante el secretario de Estado Deán Ruso. Kennedy realizó varios desplazamientos a América Latina acompañado de su carismática esposa Jacqueline Kennedy. Su aura católica y su fervor familiar desataron en la población latinoamericana un sentimiento de admiración. Las nuevas políticas adoptadas por Kennedy crearon la sensación de

que finalmente la Casa Blanca había adoptado medidas que iban más allá del tema militar. Con los recursos destinados para la Alianza para el Progreso, cundió la fe de que el continente abrazaría el desarrollo al cabo de diez años. Esperanzas que rápidamente fueron vistas por algunos expertos como mal fundadas al no tener en cuenta otros factores estructurales de las sociedades latinoamericanas.

En todo este análisis los conceptos de seguridad y crisis se hacen recurrentes. De una parte la seguridad, como factor central de los Estados y modelo clave de los años de la guerra fría, se convirtió en el motor de las políticas exteriores de Estados Unidos y Rusia. Bajo los paradigmas del dilema de la seguridad, las dos potencias no se detuvieron en su carrera por garantizar una mayor seguridad. Estados Unidos consideró entonces a América Latina como su zona de influencia directa y parte de su seguridad interior. Durante gran parte de la administración Eisenhower se creyó que América Latina no abrazaría el comunismo, menos aún después de la lección dada a Guatemala en 1954. No obstante, la revolución cubana deja perpleja a toda la administración en el apogeo del gobierno Eisenhower. Con el cambio de administración y la evolución de los acontecimientos, llegamos a la crisis de los misiles en 1962. Aquí, los conceptos de crisis y seguridad confluyen directamente en el análisis de la problemática. Una crisis de carácter internacional en un momento particular de la historia generó una sensación de inseguridad. Tener misiles nucleares a 200 millas de las costas norteamericanas reflejó la vulnerabilidad de los norteamericanos y las complicaciones que el gobierno de Castro podría introducir. Si bien, la crisis es resuelta por la vía de la diplomacia y la disuasión, los efectos para el resto del continente serán significativos.

Comité Ejecutivo, Consejo de Seguridad Nacional, están, entre otros, el Presidente Kennedy, el Secretario de Defensa Robert McNamara, el Fiscal General Robert Kennedy y el Secretario de Estado Dean Rusk, en el Salón del Gabinete, Casa Blanca. Octubre de 1962. Foto de dominio público.



Fuente: Wikimedia Commons. Tomada por: Cecil Stoughton, Casa Blanca.

Con el desarrollo de la doctrina Kennedy nada volverá a ser como antes. La idea de evitar a cualquier precio una nueva Cuba en la región coincidió con un momento en el que las políticas militares estaban en ascenso.

Con la muerte de Kennedy, muere la Alianza para el Progreso y mueren las políticas conciliatorias hacia la región. El tema del desarrollo económico tan pregonado por Kennedy es dejado atrás. La administración Johnson pasará a ocuparse de temas neurálgicos como el caso de Vietnam. La nueva política de los Estados Unidos será la de la tolerancia hacia gobiernos anti-comunistas, que no dejó de motivar a los estamentos militares para que, bajo la Doctrina de Seguridad Nacional, derrocaran a gobiernos democráticamente elegidos. Esta nueva era de la historia latinoamericana marca un periodo oscuro y complejo para la región. Esto comprueba igualmente que ninguna administración, después del gobierno Kennedy y hasta el derrumbe del gobierno soviético, prestaría tanta atención a la región latinoamericana.

El caso de la revolución cubana sirve entonces como materia de estudio para las relaciones internacionales. Allí se nos muestra cómo las crisis pueden afectar en general el curso de las relaciones entre Estados. Como lo señala el profesor Viret, las crisis pueden derivar en catástrofe o tratar de volver a la normalidad. En nuestro caso de estudio, la crisis pudo haber derivado en catástrofe en caso de haberse tomado decisiones erróneas por parte de los protagonistas implicados. No obstante, las cosas no vuelven a ser como antes y la crisis deja una huella importante en las relaciones interamericanas a partir de 1962. La idea permanente de inseguridad se apoderó de la región y de allí que se motiven y toleren políticas intensivas de Seguridad Nacional. En un mundo bipolar y maniqueista no podían existir términos ni posturas intermedias. La revolución cubana y la crisis de los misiles son entonces fenómenos que marcan durante las tres décadas siguientes todo el contexto de las relaciones interamericanas. El estudio de todo lo que significó la revolución cubana nos muestra igualmente la utilidad y necesidad de la historia como ciencia en el marco del análisis de las relaciones internacionales. La evidencia de estos hechos nos muestra cómo las malas lecturas efectuadas por los responsables de la Casa Blanca hacia el continente latinoamericano llevaron a propuestas que no eran las más adecuadas para la región.

De igual forma, ante el fracaso inminente, la dirección hacia políticas de tipo militarista tuvo un costo social supremamente elevado para los latinoamericanos. Las acciones de esta época pueden entonces dejarnos una enseñanza altamente significativa que nos permiten orientar de forma más

clara el rumbo no solo de las relaciones interamericanas sino también de todos los acuerdos bilaterales entre los países de la región.

Referencias

- BUZAN, Barry. 1991. *People, state, and fear*. New York, Harvester Wheatsheaf.
- DEUTSCH, Karl *et al.* 1957. *Political Community and the North Atlantic Area*. Princeton, Princeton University Press.
- DINGES, John. 2004. *Les années Condor: comment Pinochet et ses alliés ont propagé le terrorisme sur trois continents*. Paris, La découverte.
- HERZ, John. 1950. «Idealist Internationalism and the Security Dilemma». En: *World Politics*, Vol. 2, No. 2. Cambridge, Cambridge University Press. 157-180 pp.
- HOBBS, Thomas. 1992. *Leviatán*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- HUNTINGTON, Samuel. 1985. *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations*. Cambridge, Harvard University Press.
- LACORNE, Denis y VAISSE, Justin. 2007. *La présidence impériale: de Franklin Roosevelt à George Bush*. Paris, Éditions Odile Jacob.
- LIVINGSTONE, Grace. 2009. *America's Backyard: The United States and Latin America from the Monroe Doctrine to the War on Terror*. London, Zed Books.
- LOWY, Michael. 1980. *Le marxisme en Amérique Latine: anthologie*. Paris, François Maspero.
- RABE, Stephen. 1999. *The Most Dangerous Area in the World*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press.
- _____. 1988. *Eisenhower and Latin America: the Foreign Policy of Anti-Communism*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press.
- ROUQUIE, Alain. 1981. *L'État militaire en Amérique Latine*. Paris, Editions du Seuil.
- SAEZ, Raul. 1968. «The Nine Wise Men and the Alliance for Progress» En: *International Organization*. Vol. 2, No. 1. 224-269 pp.
- SCHLESINGER, Arthur. 1976. *La présidence impériale*. Paris, PUF.

TAFFET, Jeffrey. 2007. *Foreign Aid as Foreign Policy: the Alliance for Progress in Latin America*. New York, Routledge.

TOURAINÉ, Alain. 1988. *La parole et le sang: politique et société en Amérique Latine*. Paris, Éditions Odile Jacob.

WALTZ, Kenneth. 1979. *Theory of International Politics*. New York, McGraw-Hill.

WOLFERS, Arnold. 1952. *Discord and Collaboration*. Baltimore, John Hopkins University Press.

WRIGHT, Thomas. 2001. *Latin America in the era of the Cuban Revolution*. New York, Praeger.

El Presidente Kennedy se reúne con los oficiales que realizaron las misiones de reconocimiento sobre el espacio aéreo cubano. Está el General Curtis LeMay y el Mayor Richard Heyser, quien tomó las fotos en las que se ven los misiles rusos.
Foto de dominio público, cortesía de la CIA.



Fuente: Wikimedia Commons.